

RIKARDO ARREGI ARANBURU

(1942-1969)



Rikardo Arregi nació en Andoain en septiembre de 1942 y murió sin haber cumplido 27 años, en julio de 1969, en Mendaro, en accidente de tráfico, cuando se dirigía a Euskaltzaindia.

Pese a su temprana muerte, Rikardo marcó una impronta imborrable, no solo por lo que hizo, sino por lo que generó.

Su trayectoria, en términos temporales, fue extremadamente breve, pero muy fructífera. Pasó diez años en el seminario y posteriormente comenzó a estudiar Ciencias Económicas en la universidad; fue encarcelado durante cuatro meses como miembro de EGI; fue miembro del movimiento católico internacional Pax Christi cuyo secretario general era Karlos Santamaria; fue nombrado académico correspondiente de Euskaltzaindia con 22 años; colaboró en *Zeruko Argia*, *Anaitasuna* y *Jakin* con sus escritos; y fue el promotor del grupo que daría comienzo a la alfabetización. Fue, sin duda, uno de los mejores catalizadores de la generación de 1956, la que, habiendo nacido ya en la postguerra propagaría en la década de los sesenta el nuevo nacionalismo y la nueva corriente euskaltzale.

Empezó a escribir a muy temprana edad. Su primera publicación, un artículo de filosofía, data de 1961, cuando contaba 19 años, y al parecer fue escrito durante su estancia en el seminario; no obstante, comenzó a escribir sistemáticamente al abandonar este en 1963, con 21 años. Para los parámetros habituales en la época en euskera, Rikardo fue muy prolífico, ya que en su corta vida publicó unos 300 artículos.

La contribución de Rikardo no se limitó, sin embargo, al campo periodístico. Ensayista sobresaliente, lo demostró sobradamente agitando el entorno y removiendo las inercias en los ámbitos de la ideología, la política y la cultura. Asimismo recorrió buena parte de los pueblos y rincones de Euskal Herria como conferenciante, especialmente a cuenta de la alfabetización. Fue, además, promotor cultural y gran impulsor y gestor, por ejemplo, en las esferas de la alfabetización, la edición, la asociación de escritores, etc.

La labor desarrollada por Rikardo en el ámbito periodístico ha de ser valorada más cualitativa que cuantitativamente. Colaboró fundamentalmente en *Zeruko Argia* y, aunque escribió acerca de toda clase de temas de actualidad, las cuestiones internacionales eran sus preferidas. La elección encerraba una intencionalidad compleja: además de ser sus temas preferidos, otra razón de peso era que ofrecían ocasiones para burlar más fácilmente la censura. Durante la dictadura franquista, la censura limitaba estrechamente el tratamiento de los temas en las publicaciones y, en concreto, las cuestiones relativas a Euskal Herria no se podían analizar o, incluso, mencionar. Sin embargo, cuando Rikardo escribía acerca de acontecimientos internacionales, el lector sabía que su mente e intención se si-

tuaban en lo doméstico. Es bien sabido que una de las mejores técnicas de superación de la censura en las dictaduras se basa en la complicidad entre el autor y el lector. El repaso de los temas tratados por Rikardo viene a ser un muestrario de las carencias del Estado español: democracia, socialismo, libertad, revolución, justicia, paz, cultura, verdad, renacimiento de las nacionalidades, descolonización, nuevos planteamientos de izquierda. Se escribía del exterior, pero se leía para el interior.

La pedagogía que desplegaba en sus escritos periodísticos, y en otras muchas actividades, iba aún más allá: desea sacar el movimiento euskaltzale y la propia sociedad vasca del gueto, abrirlo al mundo, romper el muro informativo impuesto por el franquismo, ampliar las perspectivas de la gente. Con sus obras, Rikardo porfiaba por injertar al árbol de la cultura vasca el vástago de la modernidad, alejándose del patrón de Peru Abarka y del binomio euskaldun/fededun. El analfabetismo de la sociedad no era solo el relativo al euskera; era evidente, también, en lo tocante a la política, el pensamiento moderno y la evolución del mundo actual.

Creo que, también en ese, seguía la senda marcada por su maestro Karlos Santamaria. No sería superflua una comparación detallada de lo que Karlos Santamaria escribió en castellano y Rikardo Arregi en euskera.

Pero al contrario que Santamaria, que escribía en castellano, Rikardo topaba con un problema serio por la inexistencia de un lenguaje moderno y periodístico en euskera. La redacción periodística euskérica de aquella época tenía una dependencia total de literatura culta. Y Rikardo tuvo que fabricar un estilo político y periodístico. Gramaticalmente, era deficiente, pero periodísticamente era notable: utilizaba un euskera práctico, común, sencillo, directo, plástico; en pocas palabras, un estilo periodístico.

Rikardo no se consideraba periodista. Ensayista, diría que sí. Durante los últimos años de la década de los sesenta tuvieron gran repercusión los ensayos que publicaba en la revista *Jakin*, especialmente tres de ellos: "Euskaltzaleen Jainkoa hil behar dugu", "Sozialismoa modan dago" y "Ezkertiar berriak". Suscitó muchos ecos, críticas y debates. Las ideas que desarrolla en esos ensayos, además de ser suyas propias, eran compartidas por muchos de los componentes de su generación. Podríamos decir que Rikardo, más que un creador es un sintetizador, un catalizador. Él mismo tenía conciencia de ser portavoz de toda una generación o, al menos, de un amplio grupo social, y en sus escritos se pueden localizar muchas trazas de ello. Supo formular ideas que estaban en el ambiente de su época, y tuvo no solo la destreza sino el atrevimiento necesario para formularlas en público.

Cada época tiene sus temas. Entre los habituales en los escritos de Rikardo están el choque entre el viejo y el nuevo nacionalismo y el movimiento euskaltzale que estaban surgiendo por entonces, la opción del euskera batua, la irrupción del socialismo y el marxismo. Con razón o sin ella, para Rikardo y su generación, el nacionalismo y las corrientes euskaltzales tradicionales estaban apolillados, eran conservadores, burgueses, esencialistas y escolásticos. La sociedad en su conjunto, sin embargo, iba por otro lado.

RA



El siguiente fragmento, de 1967, expone perfectamente ese punto de vista, y con él, el deseo de revertir la situación:

“Dicen que somos iconoclastas. Y es verdad. Que queremos ir a la raíz. Y así es. Deshacer primero, para edificar después. Se quiere actuar sobre la estructura, la base, el núcleo, con la mayor desconfianza hacia lo superficial. En nuestras palabras y en nuestros escritos se ha condenado una y otra vez el folklorismo, el agrarismo insulso, el capitalismo, la burguesía, el conservadurismo, etc. Dicho en pocas palabras, pretendiendo deshacer el mito, la fábula y la alienación, nos hemos adentrado en la más feroz de las desmitificaciones. Y todo ello en nombre del humanismo, en nombre de una sociedad más humanitaria. Ahí estriba la cuestión”.

El debate, sin embargo, no se limita al choque entre las nuevas y las viejas generaciones. En el seno de la nueva generación existen otras muchas controversias: cómo conjugar la lucha nacional con la social, cómo interpretar el marxismo, como entender el internacionalismo, cómo hacer frente al llamado “españolismo”... son contenciosos agudos y disgregadores, especialmente en la política.

En el mundo de la actividad euskaltzale, el influjo de Rikardo Arregi fue muy relevante en diversos campos. El más notorio de ellos es el de la alfabetización, a la que ha quedado ligado su nombre para la posteridad. En colaboración con el grupo de teatro Jarrai, propuso a Euskaltzaindia organizar la alfabetización, cuyo diseño y estructuración correrían finalmente a su cuenta. Partiendo de cero se crearon los responsables, los grupos locales, los textos y materiales didácticos, la metodología, la dinamización. Para Rikardo, la alfabetización no se limitaba a aprender a leer y escribir.

Aportó también nuevas ideas para la política editorial. También en eso fue un precursor. El borrador del editorial del primer número de *Jakin* de 1969 fue obra suya, y en él se explicita que la política editorial ha de basarse en dos pilares, la asociación de escritores y una editorial moderna.

La propuesta de creación de la asociación de escritores pivotaba sobre



dos objetivos: la profesionalización y la coordinación interna de su producción. Rikardo moriría sin haber conocido la Asociación de Escritores.

En el ámbito editorial, llegó a ir más lejos, hasta el punto de diseñar, poco antes de su muerte, un pequeño plan, que sería el punto de partida de la editorial Lur. El objetivo de Rikardo era cultivar una cultura moderna y refinada, y para ello hacía falta un plan editorial y la unión de escritores. En las mentes de la época existía un referente, el de la colección francesa “Que sais je?”.

El primero de los tres puntos que contiene el plan editorial de Rikardo recoge la orientación de la colección francesa:

1. Libros básicos para la divulgación cultural (...), una colección de obras informativas sobre todos los temas de la ciencia y de la cultura.
2. Traducciones y ensayos breves. Tendremos que traducir autores de tendencias diversas pero de gran relevancia.
3. Obras de pura creación literaria (...). Por jerarquía, este bloque ocuparía un tercer lugar en nuestras programaciones.

El tipo de libro que perfilaba esta propuesta empezaría a materializarse durante la década posterior, con la vista puesta en las necesidades materiales del mundo cultural del euskera, especialmente en el sector educativo, más allá de la literatura.

Para sintetizar, Rikardo Arregi fue un pionero, un operario y un promotor, tanto en sus escritos como en sus acciones. Su vida cultural activa fue muy breve, de apenas seis años; pero, pese a ello, su influjo y su estela han sido enormes. “Tenemos que llegar hasta la cima”, era una de sus frases favoritas. Él no pudo llegar a la cima en vida, pero la vía abierta por él ha seguido avanzando hacia esa cima.

Joan Mari Torrealdei



RA